

## ACERCA DE LA MISERICORDIA DIVINA. ALGUNAS BREVES CONSIDERACIONES

El Antiguo Testamento enseña en el Éxodo a Dios revelando a Moisés, en el Sinaí, el misterio y la hondura de su ser: “Dijo Dios a Moisés: ‘Yo soy el que soy.’ Y añadió: ‘Esto dirás a los israelitas: *Yo soy* me ha enviado a vosotros””, a causa de la apostasía de su pueblo elegido para servirle, porque siendo asunto grave su deslealtad y su pecado, Dios en su justicia no lo borra, mas, libre de usar gratuitamente su misericordia con quien le plazca, se proclama triunfante sobre él conforme la ternura de su santidad: “Yahveh es un Dios de ternura (*raham*) y de gracia (*hanun*), lento para la ira y abundante en misericordia (*hesed*) y fidelidad (*emet*), manteniendo su misericordia (*hesed*) hasta la milésima generación, soportando falta, transgresión y pecado, pero sin disculparla, castigando la falta... hasta la tercera y cuarta generación”<sup>1</sup>.

En la riqueza concreta de su experiencia la tradición israelita congrega dos matices semánticos diferentes pero mutuamente complementarios en la acepción del término misericordia de la Antigua Alianza, asumiendo, en una breve aproximación etimológica, uno la compasión y el otro la fidelidad<sup>2</sup>. Respecto del primer sentido, en los textos veterotestamentarios se atribuye al Señor el término hebreo *rahamim*<sup>3</sup>, refiriendo con ello el amor inquebrantable que brota gratuitamente del corazón. Dios fiel e invencible, es amor<sup>4</sup> exteriorizado en actos de compasión en las situaciones trágicas y dolorosas, en la salvación de los peligros especialmente de los enemigos, como, además, se muestra en el perdón de los

<sup>1</sup> Éx 3, 14; 34, 6s. Cfr. X. León-Dufour y Jules Cambier, “Misericordia”, *Vocabulaire de théologie biblique, Les Éditions du Cerf*, París, 5<sup>o</sup> ed. 1970, trad. española: *Vocabulario de Teología Bíblica*, A.A. V.V., Herder, Barcelona, 1993, pp. 543-4.

<sup>2</sup> Para ahondar en el sentido múltiple del término misericordia, retomamos en lo que sigue la riqueza de lo expresado en los artículos “Perdón”, pp. 680-2; “Misericordia”, pp. 542-6; “Gracia”, pp. 365-369; “Fidelidad”, pp. 338-40; “Amor”, pp. 74-82; “Amigo”, pp. 74-5; en op.cit.; como también lo explicitado en la nota 52 al pie, en San Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, Ed. Paulinas, Buenos Aires, 1980, pp. 19-22, 24.

<sup>3</sup> *Rahamim* designa en la tradición semítica el instintivo apego de un ser a otro, identificado con el sentimiento de amor en el seno y regazo maternos (*rehem*). Este vínculo originario liga a la madre con el hijo, del cual brota una relación personal de amor con él. Se trata de un amor totalmente gratuito, no fruto de mérito, que constituye una necesidad interior, como se descubre imbatible la secreta fuerza de la maternidad, es decir, una exigencia del corazón. Por ello, indica además las entrañas o el corazón de padre o de hermano, como cariño o ternura. Y consecuentemente engendra una serie de sentimientos, como la bondad, la ternura, la paciencia, la comprensión, la clemencia, la conmiseración, todos los cuales favorecen el aflorar de la disposición a perdonar. Cfr. *ibid*.

<sup>4</sup> “Debe decirse que *es necesario poner amor en Dios*. Porque el primer motus de la voluntad y de cualquiera virtud apetitiva es el amor (...), todos los demás movimientos del apetito presuponen el amor, como su origen: porque nadie desea sino el bien amado, ni goza sino del bien amado (...) Luego, doquiera hay voluntad o apetito, hay por fuerza amor (...) Habiendo pues demostrado (C. 19, a. 1) que en Dios hay voluntad, *es forzoso que en Él haya amor*”, Santo Tomás, *S. Th. I, q. 20, a. 1, c.*, en versión del Club de Lectores, Buenos Aires, 1988; y aclara: “el acto de amor tiende bifurco: hacia el bien, que se quiere para alguno, y hacia aquel, para quien se quiere. Así (...), amar a uno es quererle un bien: por cuya razón quien se ama a sí mismo (...) quiere el bien para sí, hasta el punto de querer asimilárselo en cuanto le es posible. De aquí el decirse el amor fuerza unitiva aun en Dios, aunque sin composición alguna; por cuanto el bien que Dios quiere no es otro que Él mismo; Bien por su propia esencia (...). Mas, cuando uno ama a otro quierele bien; y así pone al otro como *otro yo*, refiriendo el bien al otro como a sí mismo. El amor bajo este aspecto se dice fuerza conmixtiva; porque incorpora otro a sí, habiéndose con respecto a él como consigo mismo. Así el amor de Dios”, *S. Th. I, q. 20, a. 1, ad. 3*.

pecados y, definitivamente, se revela en la prontitud para cumplir la promesa y la esperanza escatológica, a pesar de la infidelidad humana. De modo semejante, *hesed*<sup>5</sup> originariamente dice bondad, fidelidad y clemencia. Alusivo al Señor, manifiesta la alianza que Dios ha hecho con Israel, la que es un don y una gracia en bien de su pueblo. Asimismo, el compromiso de Dios en su alianza otorga a aquel vocablo un contenido legal. Sin embargo, este compromiso jurídico de Dios resulta abolido en su obligación cuando Israel quebranta con su traición las condiciones de aquella alianza, revelándose en voz de los profetas la conciencia que denuncia la seriedad de tal infidelidad. Empero, señala San Juan Pablo II en *Dives in Misericordia*, una vez extinguida la obligación jurídica que sujetaba a su pueblo, es cuando el término devela la plenitud de su sentido, pues precisamente aquí lo que era al principio se manifiesta ahora diáfano como amor exultante que da, amor misericordioso que prevalece y es más fuerte que la traición y el pecado: “La misericordia difiere de la justicia pero no está en contraste con ella’, siempre que admitamos en la historia del hombre la presencia de Dios, el cual ya en cuanto creador se ha vinculado con especial amor a su criatura<sup>6</sup>. El amor, por su naturaleza, excluye el odio y deseo de mal, respecto de aquel que una vez ha hecho donación de sí mismo: ‘nada aborreces de lo que has hecho’<sup>7</sup>. Estas palabras indican el fundamento profundo de la relación entre la justicia y la misericordia en Dios<sup>8</sup>, en sus relaciones con el hombre y

<sup>5</sup> *Hesed* refiere una actitud profunda de bondad entre dos hombres, donde ambos son benévolos uno con el otro, al mismo tiempo que recíprocamente fieles en virtud de un compromiso y de un deber interior, lo cual, a su vez, se funda en razón de una fidelidad a sí mismos. Así, dice piedad, como aquella relación que une a dos seres por la fidelidad, significando por ello también gracia (*hen*) o amor. De igual manera, el término *hanan* comporta la gracia, entendida como una constante predisposición magnánima, benévola y clemente, siendo que *hamal* designa el perdonar, el manifestar piedad y compasión, con la consecuencia del perdón y de la remisión de la culpa. Asimismo, el vocablo *emet* significa igualmente solidez y seguridad, como también evoca las acepciones de verdad y fidelidad. Cfr. *ut. supra* nota 2.

<sup>6</sup> Según Santo Tomás, son atribuibles a Dios como propias virtudes morales acerca de acciones que radican en la voluntad, como la justicia, la liberalidad, la magnificencia manifiestas, primeramente, por el orden del universo, por lo que dice con Dionisio “Es preciso reconocer la justicia de Dios, que atribuye a todos lo propio según su respectiva dignidad, y la natura de cada uno la salva en su virtud y orden” (*De Div. Nom.* c. 8), porque “siendo objeto de la voluntad el bien entendido, es imposible que Dios quiera cosa alguna que no esté conforme con su sabiduría, la cual es como la ley de la justicia y según ella su voluntad es recta y justa. Por consiguiente, haciendo su voluntad, observa la justicia, como nosotros la observamos, cumpliendo la ley. Mas para nosotros la ley emanan de algún superior, mientras que Dios es su propia ley”, esto es, “ser la esencia de Dios, puesto que también la esencia de una cosa puede ser su principio de acción”, *S. Th.* I, q. 21, a. 1, c., ad. 1, ad. 2 y ad. 4; y en ad. 3 y a. 4, c.; sugerimos allí mismo las aclaraciones pertinentes sobre las palabras “deuda” y “débito”.

<sup>7</sup> Sab. 11, 24; cita bíblica con respecto a la cual Tomás de Aquino precisa lo siguiente: Dios en su voluntad causa todas las cosas existentes, por lo que ama todo lo existente, ya que quiere algún bien para cada ser, siendo el primero, que exista, y con todas sus perfecciones. De donde, en cuanto existentes, son buenas todas las cosas, de modo que en cada una hay tanto de ser y de bien cuanto Dios la ha querido, pues amar es querer el bien a alguno, y el amor de Dios infunde y crea la bondad en todos los seres, cfr. *S. Th.* I, q. 20, a. 2, c.

<sup>8</sup> Cabe aclarar que el término justicia evoca diversos significados: 1. jurídico: el juez dicta justicia haciendo respetar la costumbre o la ley; 2. moral: más amplio, da a cada uno lo que le es debido, aunque no esté fijado por la costumbre o la ley; 3. derecho natural: la obligación de justicia señala la igualdad realizada por el cambio o la distribución; 4. religioso: evoca el nombre de Dios como justo juez y llama juicio la última confrontación del hombre con Dios. En el lenguaje de la Biblia: a. en la perspectiva del juicio, virtud moral que designa la observancia de todos los mandamientos divinos, pero concebida como un título que se puede hacer valer en justicia delante de Dios, justo y modelo de integridad, que conduce a su pueblo, y Dios de la retribución que castiga y recompensa las obras; b. visión religiosa más profunda del orden que Dios quiere hacer reinarse en la creación. La integridad del hombre es el fruto de la justeza soberana de Dios, que con maravillosa delicadeza

con el mundo (...) –pues- debemos buscar (...) las razones íntimas de esta relación, remontándonos al ‘principio’, ‘en el misterio de la creación’<sup>9</sup> relatada en el Génesis.

Mas, culpable Israel de romper la alianza y vuelta miserable, no pudiendo ya recurrir a Dios en base a una justicia legal a raíz de su pecado, origen de todos sus males físicos y sufrimientos morales, y sumido por su fragilidad en la desconfianza por el peso de su miseria y sus desgracias, en su aflicción se dirige implorante al Señor suplicando su perdón, recordándole para su justificación lo que otrora reveló de sí con palabras y en hechos<sup>10</sup>. No pudiendo entonces soportar la desdicha de su elegido, se trasluce la bondad paternal de Dios quien, frente a la penitencia y la conversión auténtica solícitas de misericordia, por las que es mitigada su cólera<sup>11</sup>, devuelve la gracia a su pueblo para que se convierta y vuelva hacia él, pues Dios permanece fiel a sí mismo por su inquebrantable fidelidad, su atributo mayor<sup>12</sup>: “No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino más bien por el honor de mi nombre”<sup>13</sup>. En este sentido, con fundada convicción, puede y debe continuar esperando y tener confianza en el amor de Dios, la ‘roca’<sup>14</sup> de Israel, puesto que permanecen inmutable su fidelidad, verdaderas sus palabras y sólidas sus promesas, siempre responsable de su amor. Por eso conduce a su pueblo al desierto, porque Dios quiere “hablarle al corazón” para que, conforme a justicia, el pecador reconozca su malicia, cuyos frutos son entonces el perdón y la restauración de la gracia divinos. En consonancia con lo dicho, Santo Tomás aclara que “Dios obra misericordiosamente no por cierto faltando a su justicia, sino superándola, (...) no obra contra

---

conduce el universo y colma a sus criaturas. Esta justicia de Dios, que el hombre alcanza por la fe, coincide con su misericordia y designa a la vez un atributo divino, como los dones concretos de salvación que derrama su generosidad, cfr. “Justicia”, *Vocabulario...*, op.cit., pp. 460-1.

<sup>9</sup> *Dives in Misericordia*, op.cit., pp. 22-3. Ya que la obra creadora consiste en dar el ser a todas las cosas, según nos esclarece Santo Tomás: “*es necesario decir que todo ente que tiene ser lo tiene de Dios*. Porque si algo hay en alguien por participación necesariamente es causado por aquello en que ese algo está en esencia (...) Dios es el Ser subsistente en sí, (...) el ser subsistente en sí no puede ser más que uno (...) Es preciso, pues, que todos los seres que no son Dios no sean su mismo ser sino que participen del ser, y por consiguiente que los seres, que son más o menos perfectos en razón de la medida de esta participación, tengan por causa un primer Ser, que es soberanamente perfecto”, *S. Th. I*, q. 44, c.; siendo el ser el primer bien otorgado por el amor de Dios, el Bien por esencia, a las criaturas, cfr. *S. Th. I*, a. 1, q. 6, a. 1, c. y a. 3, corpus; también notas *ut supra* 4 y 7.

<sup>10</sup> Cfr. op.cit., pp. 16-19; cuyos ejemplos originarios son el llamado a Moisés y la liberación de Egipto, cfr. “Misericordia”, op.cit., p. 543.

<sup>11</sup> Dios “no guarda rencor eterno”, Jer. 3, 125. Santo Tomás señala la conveniencia solo metafórica, por la analogía de los efectos, de la ira en Dios, cfr. *S. Th. I*, q. 20, a. 1, ad. 2 y q. 21, a. 1, ad. 2; y esclarece que “nada obsta amar y aborrecer una misma cosa bajo diferentes aspectos. Dios, pues, ama a los pecadores en cuanto son naturas (...) –que- existen y existen por Él. Pero en cuanto son pecadores (...) hay en ellos privación de ser”, *S. Th. I*, q. 20, a. 2, ad. 4. Por eso, junto a San Anselmo, dirá ““Cuando castigas los malos, justo es, porque los tratas como se merecen, y cuando los perdonas, justo es, porque haces lo que es condigno a Tu bondad””, *S. Th. I*, q. 21, a. 1, ad. 3.

<sup>12</sup> Éx. 34, 6. Conforme a este último sentido se plenifica el contenido del vocablo misericordia, pues no queda reducida así solo a un instinto de bondad, sino más bien a una bondad consciente, querida y voluntaria, pues ella es respuesta a un deber interior y de fidelidad consigo mismo, cfr. “Misericordia”, op.cit., pp. 542-3.

<sup>13</sup> Ez. 36, 22. “Oseas revela que si Dios ha decidido no usar ya misericordia con Israel y castigarlo, su ‘corazón’ se revuelve dentro de él, sus entrañas se conmueven y decide no dar ya desahogo al ardor de su ira”, en “Misericordia”, op.cit., p. 544; cfr. Os. 1, 6 y 11, 8s.

<sup>14</sup> Dt. 32, 4. De modo similar, en el Nuevo Testamento encontramos a Jesús diciendo al fiel Simón: “Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”, Mt. 16, 18.

la justicia sino con (...) misericordia (...) –que- es cierta plenitud de ella”; -ya que- “toda obra de la justicia divina presupone siempre una obra de misericordia, y se funda en ella”<sup>15</sup>. Con ocasión del pecado, y si el pecador no se endurece conmovido por el castigo que le acarrea su falta, único límite para la misericordia divina, el corazón del hombre entra más profundamente en el misterio de su ternura y su magnanimidad infinitas, pues, enseñándolas, exige a sus criaturas lo mismo mutuamente, de modo que se finiquiten la estrechez, la mezquindad y tacañería humanas<sup>16</sup>. Así, “Ya el Antiguo Testamento enseña que, si bien la justicia es auténtica virtud en el hombre y, en Dios, significa la perfección trascendente, sin embargo el amor es más ‘grande’ que ella: es superior en el sentido de que es primario y fundamental. El amor (...) condiciona a la justicia y en definitiva la justicia es servidora de la caridad. La primacía y la superioridad del amor respecto de la justicia ‘se manifiesta’ precisamente a través de la ‘misericordia (...) el término mismo de ‘justicia’ terminó por significar la salvación llevada a cabo por el Señor y su misericordia”<sup>17</sup>.

En continuidad con lo anterior, la historia de salvación nos relata que, como respuesta a la falta de confianza y lealtad de Israel, en su amor compasivo el Señor eligió otro siervo, en quien deposita su espíritu; Aquel que proclama fielmente la justicia, ya que las pruebas no pueden hacerlo infiel a su misión por cuanto su fuerza interior es Dios mismo en la intimidad de su amor<sup>18</sup>: “El siervo fiel así anunciado es Cristo Jesús, Hijo y Verbo de Dios, el verdadero y el fiel, que quiere cumplir la Escritura y la obra de su Padre”<sup>19</sup>. Por lo que San Pablo, acorde los Santos Evangelios, enfatiza que el verdadero rostro del misterio del Padre amoroso se descubre patente en Jesucristo, quien garantiza de una vez y para siempre el Dios

<sup>15</sup> *S. Th.* I, q. 21, a. 1, ad. 2 y a. 4, c.; y en a. 3, c. leemos con respecto a la bondad divina: “La comunicación de las perfecciones, considerada en absoluto, pertenece a la bondad, (...) pero la distribución de las mismas en proporción a la natura de las cosas es propia de la justicia, (...) y en cuanto no las otorga por su utilidad, y sí por su bondad, pertenece a la liberalidad; mas en cuanto por ellas subsana todo defecto, procede con misericordia”.

<sup>16</sup> Os. 2, 16 y cfr. 11, 9. “Dios educa progresivamente a su pueblo. Quiere que se observe el mandamiento del amor fraterno (cfr. Éx 22,16); (...) quiere que la práctica de la justicia sea coronada por un ‘amor tierno’ (Miq 6,8). (...) el ejemplo mismo de Dios ensanchará poco a poco los corazones humanos hasta las dimensiones del corazón de Dios”, “Misericordia”, op.cit., p. 545; cfr. Os. 11, 1-8.

<sup>17</sup> *Dives in Misericordia*, op.cit., pp. 21-2. La Antigua Alianza de Dios nos revela que “Sus palabras no pasan (Is 40,8); sus promesas son mantenidas (Tob 14,4); Dios no miente ni se retracta (Núm 23,19); su designio se ejecuta (Is 25,1); por el poder de su palabra que, salida de su boca, no vuelve sino después de haber cumplido su misión (Is 55,11); Dios no varía (Mal 3,6). Así la esposa que se ha escogido, quiere unírsele con el lazo de una fidelidad perfecta (Os 2,22), sin la cual no se puede conocer a Dios (4,2). No basta, pues, con alabar la fidelidad divina que rebasa los cielos (Sal 36,6) o para recordar a Dios sus promesas (Sal 89,1-9.25-40). Hay que orar al Dios fiel para obtener de él la fidelidad (1Re 8,56ss), y cesar de responder a su fidelidad con la impiedad (Neh 9,33). En efecto, solo Dios puede convertir a su pueblo infiel y darle la felicidad haciendo germinar de la tierra la felicidad que debe ser su fruto (Sal 85,5,11ss)”, “Fidelidad”, op.cit., p. 338. Asimismo, Santo Tomás afirma que debe atribuirse “máximamente a Dios la misericordia, pero solo según el efecto, (...) se dice misericordioso aquel que tiene el corazón compasivo (...) por la miseria del otro, como si fuera la suya propia. (...) Ahora, Dios no puede entristecerse por la miseria del otro, pero le conviene por excelencia remediarla” por la perfección de su bondad, *S. Th.* I, q. 21, a. 3, c.

<sup>18</sup> Is. 42, 18ss; 42, 1ss; 50, 4-7; 49, 5.

<sup>19</sup> “Fidelidad”, op.cit., p. 339. Cfr. respectivamente Mc. 10, 45; Lc. 24, 44; Jn. 19, 28.30; Ap. 19, 11ss.

misericordia: “es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre; cabalmente su Hijo, en sí mismo, nos lo ha hecho conocer (...) ‘Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo’”<sup>20</sup>. Así el Hijo unigénito, al asumir la naturaleza humana, se hace signo visible de Dios<sup>21</sup>; Jesucristo en persona, con sus palabras y acciones encarna la revelación visible del insondable misterio del ser de Dios, Uno y Trino, manifestando en su mutuo amor al Padre en sus perfecciones, entre las cuales destella predilecto su amor misericordioso hacia el hombre, pues siempre está saliendo a su encuentro presente y operante en su vida, próximo a él, sobre todo cuando está amenazado en su dignidad. Y claramente revela su verdad la misericordia “cuando revalida, promueve y ‘extrae el bien de todas las formas del mal’ existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión (...) prueba singularmente creadora del amor que no se deja ‘vencer por el mal’, sino que ‘vence con el bien al mal’”<sup>22</sup>. Es con el misterio pascual del Hijo de Dios que la misericordia resplandece en todo su magnificencia, porque El que “pasó haciendo el bien”<sup>23</sup> a todos, cuando merece especial misericordia los hombres, no se la conceden. Cristo, cuya vida ha sido testimonio plenario de la misericordia de Dios, cuando terriblemente sufriente se dirige al Padre, sin embargo “no le es ahorrado –precisamente a El– el tremendo sufrimiento de la muerte en cruz: ‘a quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros’ (...) Justamente (...) la redención (...) es la revelación última y definitiva de la santidad de Dios, que es la plenitud absoluta de la perfección: plenitud de la justicia y del amor, ya que la justicia se funda sobre el amor, mana de él y tiende hacia él”<sup>24</sup>.

En Jesucristo se revela la justicia salvífica de su misericordiosa fidelidad<sup>25</sup>, pues, en total obediencia al Padre, con su entrega hace justicia al pecado, restituyendo al amor su fuerza creadora en el interior del hombre, quien accede a la vida y santidad que viene de Dios, y querida por Él desde el principio para el hombre. En cumplimiento del designio divino El Unigénito en su conmisericordia quiere hacerse hombre, asumiendo y padeciendo en sí,

<sup>20</sup> Ef. 2, 4s. *Dives in Misericordia*, op.cit., pp. 5-6. “Así dice San Agustín (*De Trin.* 1. 9, c.10): “El Verbo (...) es noticia con amor”, citado en *S. Th.* I, q. 43, a. 5, ad. 2.

<sup>21</sup> Cabe precisar que el entendimiento del hombre que busca a Dios, accede de algún modo al Dios invisible por el conocimiento de sus obras visibles, sus creaturas, sin embargo este conocimiento no solo es indirecto, en relación con la realidad divina en sí misma, sino también imperfecto, y esto según la relación del efecto a la causa y la analogía del ser.

<sup>22</sup> Idem, p. 31: “El significado verdadero y propio de la misericordia (...) no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material”, sino en “la remoción de cualquier defecto (...) en la naturaleza racional, creada para ser feliz, pues la miseria es contraria a la felicidad”, *S. Th.* I, q. 21, a. 4, c.. Cfr. Rom. 12, 21.

<sup>23</sup> Hech. 10, 38.

<sup>24</sup> *Dives in Misericordia*, op.cit., p. 33; 2Cor. 5, 21; Rom. 8, 32; cfr. *S. Th.* I, q. 20, a. 4. Precisamente, “Dios ama a Cristo (...) más que a todo (...) porque ha querido para Él el mayor bien (...), que fuese verdadero Dios”, *S. Th.* I, q. 20, a. 4, ad. 1.

<sup>25</sup> Cfr. “Justicia”, op.cit., p. 461.

semejante a sus hermanos, con excepción del pecado, las miserias de las cuales los viene a salvar. De este modo su sacrificio alcanza con sus actos el universalismo de su tierna compasión que dice “toda carne ve la salvación de Dios”<sup>26</sup>. Así, el mensaje mesiánico del Dios hecho Hombre, que termina con la muerte en cruz, y precisamente por ella, la trasciende con su resurrección; redención que compensa todos los pecados de sus hermanos, devolviendo con su dignidad los hombres al amor del Padre, asumidos en adelante como sus hijos adoptivos todos aquellos que libremente quieran participar del amor de Jesucristo obteniendo así vida eterna: “En efecto, si la realidad de la redención, en su dimensión humana desvela la grandeza inaudita del hombre, ‘que mereció tener tan gran Redentor’, al mismo tiempo (...) la ‘dimensión divina de la redención’ nos permite (...) desvelar la profundidad de aquel amor que no se echa atrás ante el extraordinario sacrificio del Hijo, para colmar la fidelidad del Creador y Padre respecto a los hombres creados a su imagen y ya desde el ‘principio’ elegidos, en este Hijo, para la gracia y la gloria”<sup>27</sup>. Por tal motivo, la manifestación del hombre en la plenitud de la dignidad de su naturaleza se realiza únicamente en el encuentro en y por Jesucristo con el misterio del amor de Dios Padre, quien es su vocación suprema, como expresa la Constitución *Gaudium et Spes*: “Cristo, el nuevo Adán..., manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”<sup>28</sup>, actuando mediante su Espíritu en lo íntimo del corazón de los hombres.

De la misma manera, en las enseñanzas de Cristo se transluce una analogía que ilumina de modo más esplendente lo recóndito de la visión veterotestamentaria en lo tocante a la misericordia de Dios con respecto a la prodigalidad y vida disoluta del hijo, y en definitiva, con el mal y el pecado del hombre, en tanto se trata de la pérdida de la justicia y de la gracia originales queridas por Él, cuya consecuencia significa la pérdida de la dignidad que ellas conllevan para el hombre. La manera en que el Hijo presenta la misericordia, “tiene la forma interior del amor”, que en el Nuevo Testamento se llama ‘agapé’. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y ‘revalorizado’. El padre le manifiesta, particularmente, su alegría (...); indica (...) en el caso del hijo (...) la vuelta a la verdad de sí mismo (...) –por auténtica humildad”<sup>29</sup>.

<sup>26</sup> Luc. 3, 6. Cfr. “Misericordia”, op.cit., pp. 545-6.

<sup>27</sup> *Dives in Misericordia*, op.cit., p. 32.

<sup>28</sup> Idem, cita en p. 6.

<sup>29</sup> Idem, pp. 29-30. Lo que se destaca aquí es la dignidad de hijo, la cual, por más pródigo o pecador que sea, permanece real, y es lo que Dios Padre no quiere perder en su amor misericordioso que mueve al arrepentimiento permitiendo así la efectividad de su gracia. “Y como el Espíritu Santo es amor, el alma es asimilada a él por el

El Padre, por fidelidad a sí mismo, frente a la pérdida del derecho filial que es exigido según justicia y el consecuente castigo merecido del hijo por la ofensa cometida, con su misericordia supera la rectitud, precisión y estrechez de norma de la justicia, pues nunca pierde de vista que se trata del hijo, un bien ante sus ojos inviolable, relación que no puede ser alienada o destruida o dimitida de su amor paternal. Planteada así, ella redescubre el bien que es el hombre desde su origen; bien querido por el Padre que en el misterio de su verdad y exuberante amor no repara en el pecado del hijo. De lo dicho se desglosa que el amor hacia el hijo, brotado de la misma esencia de la paternidad, conmueve al padre a tener solicitud por la dignidad del hijo, según la medida de su amor, por lo que San Pablo expresa de la caridad de Dios: “es paciente, es benigna (...), no es interesada, no se irrita (...), no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad (...), todo lo espera, todo lo tolera –y- no pasa jamás”<sup>30</sup>.

Acorde a lo expresado, ser fiel a Dios-Hombre “designa (...) la fidelidad religiosa, que es una de las prescripciones mayores, cuya observancia exige Cristo y que caracteriza a los que son movidos por el Espíritu Santo<sup>31</sup> (...) En la nueva alianza esta fidelidad tiene un alma, que es el amor; y viceversa, la fidelidad es la prueba del amor auténtico. Jesús insiste en este punto: ‘Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi padre y permanezco en su amor’<sup>32</sup>. Juan, fiel a la lección de Cristo, la inculca a sus ‘hijos’ invitándolos a ‘caminar en la verdad’, es decir, en la fidelidad al mandamiento del amor mutuo; pero añade enseguida: ‘Ahora bien, el amor consiste en vivir según los mandamientos de Dios’<sup>33</sup>. Consecuentemente, no se trata entonces sólo de comprender el significado del amor misericordioso en un sentido meramente conceptual, sino, más aún, se exhorta al hombre a dejarse guiar en la vida por el amor y la misericordia divinos, recurriendo a ellos en y por Cristo, “sumo sacerdote misericordioso”<sup>34</sup>. Esta exigencia es la clave de bóveda del mensaje mesiánico, pues instituido para los hombres en el modelo de la ternura misericordiosa hacia los demás, hecho efectivo en palabras y con obras, Jesucristo reclama satisfacer así la condición para que Dios pueda revelarse a sí mismo en su rostro de misericordia al hombre. El Verbo de Dios hecho carne exhorta a la vez que invita como Maestro, ya sea con su mandamiento, “el más grande”, o bien en forma de

---

don de la caridad. Por lo tanto, la misión del Espíritu Santo es considerada según el don de la caridad. Mas el Hijo es Verbo, no verbo cualquiera, sino espirando amor”, *S. Th.* I, q. 21, a. 5, ad. 2.

<sup>30</sup> 1Cor. 13, 4-8.

<sup>31</sup> Mt. 23, 23 y Gál. 5, 22.

<sup>32</sup> Jn. 15, 9s.

<sup>33</sup> “Fidelidad”, op.cit., p. 339. Cfr. 2Jn. 4s y 6.

<sup>34</sup> Heb. 2, 17.

bendición proclamada en el discurso de la montaña: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”<sup>35</sup>.

En concordancia con San Juan, San Pablo muestra palmariamente en toda su amplitud y sobreabundancia al “Padre de las misericordias”<sup>36</sup>, gracia prometida y derramada gratuitamente en su Hijo a todo creyente para su salvación. Sin ambigüedades, nos explica que mientras los judíos acaban por desestimar la misericordia divina considerando que sólo por sus obras y practicando la ley se procura la justicia, en realidad, y ciertamente por ello, no están exentos de pecado, y que por tanto tienen necesidad de la misericordia por la justicia de la fe en Cristo. Mensaje igualmente válido para los paganos, a quienes Dios no había prometido nada, aunque a diferencia de aquellos, son cautivados por la misericordia del Hijo, de manera que “Todos deben, pues, reconocerse pecadores a fin de participar todos de la misericordia: -ya que- ‘Dios incluyó a todos los hombres en la desobediencia para usar con todos misericordia’ (Rom 11,32)”<sup>37</sup>.

El Hijo unigénito con su muerte en la cruz sella la última palabra del mensaje mesiánico pero no la última palabra de Dios, pues Él ha resucitado. Este es el testimonio postrero de la alianza de Dios con el hombre y con todo hombre, pues entregó a su Hijo, el absolutamente inocente, libre del pecado, exento de la desobediencia y pecado original, para que el que crea en Él no muera, sino que viva eternamente. Es la inclinación más profunda de Dios hacia el hombre y su destino, cuya renovación definitiva del mundo y del mal vence con su amor<sup>38</sup>: “Por él son mantenidas todas las promesas de Dios; en él están la salvación y la gloria de los elegidos; con él son llamados los hombres por el Padre a entrar en comunión; y por él serán los creyentes fortalecidos y hechos fieles a su vocación hasta el fin (...) Debemos imitar la fidelidad de Cristo manteniéndonos firmes hasta la muerte, y contar con su fidelidad para vivir y reinar con él. Más aún: aun siendo nosotros infieles, él permanece fiel, pues aunque pueda renegarnos, no puede renegarse a sí mismo; hoy como ayer y para siempre no deja de ser lo que es, el pontífice misericordioso y fiel que otorga poder acercarse con seguridad al trono de la gracia a los que, apoyados en la promesa divina, conservan una fe y una esperanza indefectibles”<sup>39</sup>.

Patricia Carolina Pérez de Catalán

---

<sup>35</sup> Mt. 22, 38 y 5, 7.

<sup>36</sup> 2Cor. 1, 3; San. 5, 11.

<sup>37</sup> “Misericordia”, op.cit., p. 546. Cfr. *S. Th.* I, q. 21, a. 4, ad. 2.

<sup>38</sup> Cfr. *Dives in Misericordia*, op.cit., pp. 36-9.

<sup>39</sup> “Fidelidad”, op.cit., p. 339. Cfr. respectivamente 2Cor. 1, 20; 2Tim. 2; 10; 1Cor. 1, 8s; 2Tim. 2, 11s; 2, 13; Heb. 13, 8; 2, 17; 4, 14ss; 10, 23.



**ACERCA DE LA MISERICORDIA DIVINA. ALGUNAS BREVES CONSIDERACIONES**

El Antiguo y el Nuevo Testamento enseñan a Dios misericordia en su inquebrantable alianza con el hombre, desde los comienzos con Israel, pueblo elegido para servirle, hasta culminar con el sacrificio de su Hijo unigénito para la salvación de la humanidad toda. Su alianza transluce la misericordia difiriendo de la justicia pero no en contraste con ella, siempre que se admita en la historia del hombre la presencia de Dios, el cual desde la creación misma se ha vinculado con especial amor a su criatura. Amor, que por su naturaleza, excluye el odio y deseo de mal respecto de Aquel que una vez ha hecho donación de sí mismo. Con ocasión del pecado, y si el pecador no se endurece conmovido por el justo castigo que le acarrea su falta, único límite para la misericordia divina, el corazón del hombre entra más profundamente en el misterio de su ternura y su magnanimidad infinitas, pues, enseñándolas, exige a sus criaturas lo mismo mutuamente, liberándolo así de la estrechez y la mezquindad humanas. En consecuencia, desde el principio hasta el fin manifiesta Dios su ternura con ocasión de la miseria humana, de manera tal que el hombre, a su vez, debe mostrarse misericordioso con el prójimo a imitación de su Creador, para retornar a Él.